

za de traidores, que como la fuerza austriaca de la "Carbonera" venia á quererle arrebatar su presa, no le hubiese obligado á apresurar su triunfo.

No vacila..... como se precipita un torrente hácia el abismo; como se precipita el aire en el vacío, y como el rayo que cae en medio de espantosa tempestad; por trece puntos diferentes, precipita y lanza sus columnas, realizando en ménos de media hora, lo que en esa misma plaza, el ejército frances, en tanto tiempo, no se atrevió á pensar siquiera.

Imposible es pasar este hecho de armas tan por encima, como lo he hecho ya sobre otros tantos.

Cópio en seguida una descripción que de él existe; contiene sus más preciosos detalles, y, aunque reimpressa muchas veces, creo que no lo será nunca demasiado.

### X

"El ejército de Oriente descendió al valle de Puebla el 7 de Marzo. No se habia obrado aún el movimiento de concentracion que reunió poco despues bajo los muros de la ciudad de Zaragoza á una considerable parte de las fuerzas que defendian la independenciam en la parte oriental de la República. Cuando el general Diaz se presentó á las puertas de aquella plaza, sus tropas, si mal no recordamos, se aproximaban apénas á 3,000 hombres. No fué su idea, segun hemos entendido, poner en asedio la ciudad: en vista de la inferioridad numérica de su ejército y de sus elementos de guerra, creyó que el enemigo saldria á su encuentro, y hé aquí por qué en la

mañana del 8 de Marzo tendió sus tropas en batalla á la falda del cerro de San Juan.

"La guarnicion imperialista, léjos de aceptar el reto, se encerró dentro de su línea de fortificacion. Para establecerla y reforzarla se habian aprovechado las lecciones del famoso sitio sostenido contra el ejército frances cuatro años ántes. El centro de la ciudad estaba ceñido con una formidable línea de barricadas y baluartes erizados de artillería. Puebla habia sido, durante mucho tiempo, una especie de depósito militar para el ejército de la intervencion. Pocos meses ántes se habia recibido de Europa una enorme cantidad de pertrechos destinados para los voluntarios austriacos, y los almacenes de la plaza rebozaban literalmente de armas, de municiones y de víveres.

"El jefe del ejército de Oriente contaba con un número de fuerzas mezquino, relativamente á la empresa de cerrar la ciudad y de reducirla por un formal asedio. Le faltaba casi del todo la artillería, y esto por la sencilla razon de que se habia armado con los despojos del enemigo, y de que los austriacos y traidores, derrotados en Miahuatlán y la Carbonera, no llevaban artillería de batalla ni de plaza. Seis pequeñas piezas rayadas, botín recogido en la segunda de aquellas dos victorias, constituian casi todo el material de artillería del ejército que comenzó á sitiar á Puebla en los primeros dias de Marzo del año pasado. Los defensores de la plaza lo sabian y se juzgaban seguros tras de su línea terriblemente artillada.

"El jefe sitiador no vaciló, sin embargo, en comenzar las operaciones, y sus primeras medidas introdujeron algun desconcierto en el enemigo. Con recuerdo de los

rudos ataques que en el sitio de 64 sufrió la parte occidental de la ciudad, se procuró dar por aquel lado un carácter inexpugnable á las fortificaciones. Una mañana, de improviso, los defensores de la plaza vieron establecidos á los sitiadores á poca distancia sobre un torreón artillado que dominaba la línea de defensa. Era un gran horno de cal. El general Diaz lo habia mandado macizar con escombros durante la noche, y hecho subir á aquella torre improvisada algunas de las piezas ligeras de que ántes hablamos. Por este medio las fuerzas sitiadoras se encontraron protegidas en su avance progresivo al interior de la plaza, y la guarnicion de ella vió nulificada la ventaja que le daba la principal de sus líneas de defensa, comprendiendo el peligro de que fuese cortada la extremidad de aquella línea que remataba en el convento del Carmen.

«La perspicacia y la actividad fabulosa del general en jefe, continuaron supliendo el número de las tropas y pertrechos. Presente, en virtud de una cuasi ubicuidad, donde quiera, hacia avanzar las operaciones por todos lados. Escapando á veces, por maravilla, del fuego enemigo, con el sombrero y el vestido acribillado de balas; salvado por milagro en otras veces de entre los tizones ardiendo y de las ruinas de un edificio desplomado, el general Diaz logró, en la segunda quincena de Marzo, avanzar en los trabajos de sitio, lo que el ejército frances no pudo durante dos meses. Pero al aproximarse el de Abril, una emergencia grave vino á hacer crítica en extremo la posicion del ejército sitiador. Don Leonardo Márquez salió de México con fuerzas respetables y con un gran tren de artillería para salvar á la guarnicion imperialista acorralada en Puebla. Este socorro habia sido

ofrecido diariamente al jefe de la plaza, y solo así se explica la tenacidad de la resistencia. El 1° de Abril el ejército republicano se hallaba ante un enemigo seguro, tras de sus fortificaciones, á la vez que envalentonado con la proximidad del auxilio, y otro enemigo á la espalda y á distancia de muy pocas leguas.

«En circunstancias semejantes, el jefe del ejército de Oaxaca habia tomado el partido de sostener el sitio de Oaxaca con una corta fuerza, y de volverse sobre el reuerzo que iba á socorrer la plaza sitiada, desbaratándolo por medio de un golpe fulminante. Aquel partido no era practicable en esta vez. El número y la calidad de algunas de las fuerzas no se prestaban á la division; pero lo más grave de todo, el depósito de municiones del ejército, no permitia sostener las operaciones del sitio y presentar á Márquez batalla, deteniéndole en alguna de las gargantas que dán entrada al valle de Puebla.

«En estas circunstancias, una persona que en el cuartel general se habia inclinado siempre á la idea de levantar el sitio y mover el ejército de Oriente hácia Querétaro para vencer cuanto ántes la resistencia que oponia esta última plaza, decia al que esto escribe, en la mañana del 1° de Abril, conversando ambos en el alfeizar de una ventana, desde donde se dominaba el valle y la ciudad sitiada, algunas palabras que revelan la disposicion moral en que se hallaban los espíritus. «Mis predicciones, decia, tocan á su realizacion; el avance de Márquez prueba que nada tiene que temer del lado de Querétaro, y á la vez que la República puede sufrir allí un rudo golpe, mañana acaso tendremos que emprender la retirada hácia el rumbo de Oaxaca, con un ejército desmo-

ralizado y perseguido por las fuerzas reunidas de Márquez y de Noriega.»

«Esta conversacion la interrumpieron los clarines y tambores de las reservas formadas al pié del cerro de San Juan, haciendo los honores de costumbre al general en jefe, que despues de recorrer las líneas volvia al cuartel general con su estado mayor. Las miradas y los ademanes de todos eran inquisitivas al derredor del general Diaz; todos procuraban hallar en su semblante y en sus palabras la clave del enigma penoso que preocupaba los espíritus. ¿Se apelaria al remedio triste, pero prudente de la retirada? ¿Se ensayaría, como en la Carbonera, uno de esos medios audaces, cuyo éxito no se repite fácilmente? Esta era la alternativa en que fluctuaban los ánimos desasosegados y perplejos. La idea de asaltar la plaza sin artillería, sin municiones y con tropas de cuya moral no se podia responder en aquellos momentos, esa idea que parecia rayar en los límites de la demencia, y que solo vista con el prisma del génio podrá perder sus visos de insensatez, esa idea, decimos, parecia eliminada de todas las congeturas.

«El jefe del ejército sitiador se presentó en el cuartel general. La jovialidad característica de su semblante no se habia alterado en lo más mínimo: él era el único cuyo entrecejo no presentaba los pliegues de la preocupacion. Se sirvió el almuerzo, y los comensales guardaban, no ese silencio que caracteriza los primeros momentos de una comida entre convidados de buen apetito: los bocados se llevaban con lentitud á la boca; era el silencio de la cavilacion. Solo el general en jefe parecia comer con apetito, y sonreia con su afabilidad habitual. Por fin, como si hubiera querido disipar las preo-

ocupaciones que percibia en derredor suyo, dijo al que escribe estas líneas, que hacia los honores de la mesa: «Tengo presentimiento de que celebraremos el aniversario del 5 de Mayo, si no dentro de la capital de la República, al ménos en sus inmediaciones.» Estas palabras, dichas sin énfasis, sin segunda intencion aparente, y desenvueltas en varias frases de que se desprendia que en la mente del jefe sitiador la proximidad de Márquez á Puebla no venia á eclipsar la buena estrella del ejército de Oriente; estas palabras, decimos, disiparon las sombras de todos los espíritus, y los concurrentes al almuerzo se levantaron con el ánimo y el semblante más serenos.

«El general Diaz se retiró tras esto á su recámara, que era la misma que habitó durante el sitio de 63 el general Forey, y desde donde el gefe de los franceses dirigió todas las operaciones del gran sitio. Los jefes de la línea fueron llegando sucesivamente, y la tarde se ocupó en un consejo secreto en cuanto á sus pormenores, pero trasparente por demas, porque las apariencias todas permitian ya suponer que no se organizaba un movimiento retrógrado, sino por el contrario, uno de esos arranques de audacia y de brío que producen una influencia de entusiasmo eléctrico en los ejércitos. La serenidad y la fé del general en jefe habian cundido en todos sus subordinados; la animacion y la alegría entre los ayudantes y los jefes de líneas y de cuerpos, convocados al cuartel general, era un sentimiento présago de sucesos fáustos. En las primeras horas de la noche no era ya un misterio que estaba decidido el asalto.

«Sonaron las cuatro de la mañana. Un lienzo empapado en espíritu de trementina y tendido de un ángulo

á otro de la casa que corona el cerro de San Juan ardió de improviso, y como si hubiera sido un botafuego que obrara en toda la extension de la línea, la artillería comenzó á jugar sobre la plaza, prolongando sus disparos por cerca de una hora, y dejando apénas percibir la descarga de fusilería y los clamores de los combatientes por todos los lados de la ciudad. Una hora despues se recibió en San Juan un parte del general en jefe, comunicando que la plaza estaba en su poder, y dando las primeras instrucciones para organizar la situacion.

«El que esto escribe penetró al interior de la ciudad ya que la luz del sol alumbraba la escena. La victoria habia dejado en las calles su rastro de sangre y de muerte. Un reguero de cadáveres y de heridos marcaba el paso de los batallones, al asalto. Trece columnas habian penetrado por distintos puntos. Los que lograron vencer primero la resistencia de la línea fortificada, tomaron por la espalda á los que todavía se defendian y decidieron el éxito de la lucha. Tras una hora escasa de combate, las columnas todas, mermadas por la metralla y por las bayonetas, se reunieron en la plaza de Armas de Puebla. El general Diaz estaba en medio de ellas, reorganizándolas y haciendo conducir á aquel lugar toda la artillería abandonada por el enemigo en las fortificaciones.

—«General, le dijo el que esto escribe. ¿De qué puedo servir á vd. en estos momentos?

—Ayude vd. á mi secretario, contestó; el orden debe ser la corona del triunfo.

«Entre los que acompañaban al general Diaz y habian penetrado de los primeros á la plaza, se encontraba la persona misma que la víspera habia tenido con el que

traza estas líneas, la triste conversacion que arriba referimos. Dirigióse al que suscribe tendiéndole una mano en ademan de felicitacion, y señalando con la otra al general Diaz, le dijo en voz baja:

«—¡Este hombre es un génio!

«Y lo parecia, á fé, en aquella escena. Era, no solo el génio de la guerra y de la victoria, sino el génio del orden y de la paz. Aquellos torrentes de muerte, de cólera y de esterminio que por trece puntos distintos se habian precipitado sobre la ciudad, arrollando toda resistencia, estaban inmóviles y sumisos en la plaza central ante el jefe del ejército; ni una violencia, ni un acto de rapacidad, ni un clamor siquiera de ira y de venganza. Sin la huella de sangre y de muerte que habian dejado en las calles las columnas, los restos de estas, formados en la plaza con el arma al brazo, hubieran parecido más bien la guarnicion de una ciudad que se preparaba á celebrar una fiesta patriótica por medio de un alarde militar. El orden coronó el triunfo, conforme al deseo del general en jefe: las ventanas y balcones estaban llenos de señoras y niños que contemplaban aquella admirable alianza entre la paz y la guerra, presidida por el génio tutelar del orden y de la moralidad.

«El día 2 de Abril de 1867, fué un gran día para México. Difícil hubiera sido imaginar un regreso más heroico de las armas repúblicas á la ciudad de Zaragoza, ni un más digno desquite del 17 de Mayo de 1863. Jamás el valor y la magnanimidad del carácter mexicano se han elevado á tanta altura.

«No cabe en los estrechos límites de un artículo conmemorativo el apreciar la trascendencia que tuvo el asalto de Puebla en el desenlace final de la guerra contra la

intervencion monárquica. El noble interés del episodio heroico que tuvo lugar hace un año en la ciudad de Zaragoza, ha entrado por mucho en el propósito que abrigamos desde hace tiempo, de escribir la historia de la campaña de Oriente, y entónces tendremos ocasion de demostrar cómo un desastre en Puebla hubiera aplazado por un largo período la restauracion del orden legitimo haciéndola más difícil y laboriosa.

“Nuestro objeto por hoy ha sido solo consignar en este artículo los más vivos entre nuestros recuerdos, relacionados con el asalto de Puebla, y dirigir un saludo cordial á los héroes de aquella memorable jornada.”

## XI

Su proclama despues de esta batalla es un verdadero modelo de elocuencia militar moderna.

Sin despertar instintos de venganza, de que carece el pueblo mexicano, y que cuadrarian mal con el espíritu de un siglo que se enorgullece más de los inmortales triunfos de la idea, que de esos triunfos pasajeros en que se derrama sangre, va derecho al corazon de sus soldados, les habla de su patria, los felicita en nombre de ella, les enaltece el mérito de su abnegacion y brío, el inmenso orgullo que tiene de mandarlos, y por último, y sin recurrir á las hinchadas frases con que el conquistador electriza á sus soldados, les hace comprender que bajo la santa bandera del derecho, serán siempre invencibles, y que no habrá quien ose medir con ellos sus armas.

“¡Compañeros de armas!

“Quiero ser el primero en pagar tributo á vuestro heroismo. La nacion toda y la posteridad vendrán despues á perpetuar vuestra gloria.

“Habeis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre y el 5 de Mayo. El 2 de Abril de 1867 se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

“Mucho esperaba de vosotros: os he visto acudir sin armas al llamamiento de la patria para armaros en Miahuatlan y en la Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles quitados al enemigo. Habeis combatido desnudos y hambrientos, dejando á la espalda un rastro de gloria; y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido más allá de mi esperanza.

“Una plaza no sin razon denominada invicta, y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido á un solo empuje de vuestro brío. La guarnicion toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo, son el trofeo de vuestra victoria.

“Soldados: merecis bien de la patria. La lucha que la desgarras no puede ya prolongarse. Acabais de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya; está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene hijos como vosotros.

“Intrépidos en el combate y sóbrios en el uso de la victoria, habeis conquistado la admiracion de esta ciudad por vuestro denuedo, y su gratitud por vuestra disciplina.